

La misión del cristiano y el misterio de unidad según las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá

Jutta Burggraf

Universidad de Navarra, España

1. AL COMIENZO DEL TERCER MILENIO

Si consideramos la situación de la Iglesia, tal como se nos presenta al comenzar el tercer milenio, es posible que nos hagamos una pregunta inquietante: ¿Cómo transmitir la fe a la generación que viene? ¿Y cómo convencer a los hombres y mujeres de nuestra misma edad que Cristo les ha liberado, y les invita a ser felices? Parece que muchas personas, hoy en día, han olvidado la *Buena Nueva*, la han rechazado en algún momento de su vida o quizá, nunca nadie les ha hablado de ella, al menos no se les ha contado en un lenguaje que sean capaces de entender... Las instituciones, a veces, tienen poca fuerza de comunicación y atracción. Se las mira con sospecha, harto de su burocracia. En este ambiente es difícil enseñar la fe —o profundizar en ella— de un modo pedagógico y programado, según un orden previamente establecido. Hay pocas personas que quieren leer papeles y documentos. Pocas quieren escuchar sermones. Cuando surgen cuestiones existenciales, prefieren hablar con una persona concreta, antes de acudir a unas autoridades designadas para explicar los dogmas y la moral. El Papa Pablo VI advirtió con acierto: «El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros»¹.

La Iglesia, pues, tiene que buscar el contacto con el mundo contemporáneo, no a través de oficinas y organizaciones, sino a través de hombres y mujeres singulares que tienen un rostro propio y una historia única, y que hablan en su propio nombre, no de teorías sutiles, sino de sus propias experiencias de la fe, de

¹ PABLO VI, Exh. Apost. *Evangelii nuntiandi*, 41.

sus alegrías y miedos, proyectos y fracasos, fatigas y consuelos. La Iglesia tiene que “personalizarse”, destacan los obispos alemanes². Hacen falta testigos vivos del Evangelio: cristianos que han hecho vida de su fe, en todas las encrucijadas de la sociedad, y que comunican «la razón de su esperanza»³, de una manera sencilla y espontánea, a los demás.

En otras palabras, la Iglesia necesita del apostolado de los laicos, especialmente en los tiempos que corren. Por esto, el Concilio Vaticano II ha proclamado solemnemente que todos los cristianos participan en la misión de la Iglesia, también los que se encuentran «en medio del mundo y de los negocios temporales»⁴. La comprensión de esta verdad fue preparada en las décadas anteriores al Concilio, por varios grandes personajes de la Iglesia (teólogos y fundadores) que la “descubrieron” desde perspectivas muy distintas, y la comunicaron a los demás con acentos propios y originales. Uno de ellos es el Beato Josemaría Escrivá, el Fundador del Opus Dei. Él mismo señaló lo característico de su nuevo proyecto de la siguiente manera: «Damos una importancia primaria y fundamental a la *espontaneidad apostólica de la persona*, a su libre y responsable iniciativa, guiada por la acción del Espíritu; y no a las estructuras organizativas, mandatos, tácticas y planes impuestos desde el vértice, en sede de gobierno[...] ¡patos al agua!»⁵.

Escrivá ha desarrollado ampliamente, a lo largo de toda su vida, cuál es la misión de los laicos y cómo puede llevarse a cabo. Quiero considerar a continuación algunos presupuestos y contenidos de su enseñanza.

2. UNA MISIÓN ORIGINAL

Dios, al llamar al hombre *por su nombre* —«más: por el apelativo cariñoso, familiar»⁶—, ha dado a cada uno *su* vocación, *su* camino y *su* misión, sumamente personal, también dentro de la Iglesia y de cada una de sus instituciones.⁷ No se puede decir, por tanto, que algún camino dentro de la Iglesia sea mejor que otro, ya que todos son de Dios. «La maravilla de Pentecostés es la consagración

² Cfr. DIE DEUTSCHEN BISCHÖFE, *Zeit zur Aussaat. Missionarisch Kirche sein*, 2000, p. 9.

³ 1 Pe 3,15.

⁴ CONCILIO VATICANO II, Decr. *Apostolicam actuositatem*, 2, 6 y 13. Cfr. Decr. *Ad gentes* (= AG), 2. PABLO VI, Exh. Apost. *Evangelii nuntiandi*, 70-73. JUAN PABLO II, Exh. Apost. *Christifideles laici*, 14. Enc. *Redemptoris missio* (= RM), 71.

⁵ *Conversaciones*, 19. Cfr. *Camino*, 904.

⁶ *Forja*, 7.

⁷ Cfr. Is 43,1. *Forja*, 12 y 123. RM, 90.

de todos los caminos», afirmó el Beato Josemaría. «Nunca puede entenderse como monopolio ni como estimación de uno solo en detrimento de otros». Dios nos pide un profundo respeto, un amor muy grande hacia todas las expresiones de la vida cristiana. «Pentecostés es indefinida variedad de lenguas, de métodos, de formas de encuentro con Dios: no uniformidad violenta»⁸. El pluralismo dentro de la Iglesia no sólo es *legítimo*, sino *necesario*, ya que Dios quiere salir al encuentro de cada hombre concreto, que vive en una época y en una cultura determinadas. Escrivá concibió la pluralidad como riqueza. Por esto no le gustó presentar su nueva fundación como *modelo único* o *empresa mejor* que las demás. «Cada caminante siga su camino», fue uno de sus lemas⁹. «¡Qué empeño el de algunos en masificar!: convierten la unidad en uniformidad amorfa, ahogando la libertad... Dios no ha querido que todos sean iguales, ni que caminemos todos del mismo modo...»¹⁰. Se puede señalar aquí una línea directa al Concilio Vaticano II; éste aclaró —en contra de unos malentendidos que hubo en épocas anteriores— que en la Iglesia católica existe la diversidad en la unidad, y que la variedad, lejos de ir contra la unidad, la manifiesta mejor¹¹.

Esto mismo vale también para el Opus Dei. Sus miembros proceden de los ambientes más variados: son hombres y mujeres de todos los continentes y naciones, edades y estados de vida, profesiones y puestos sociales. Sus opiniones políticas, preferencias culturales y proyectos personales pueden ser sumamente diversos entre sí. Cada uno es original y tiene el derecho a serlo. Se pueden recordar las palabras del Papa Juan Pablo II a los aborígenes de Australia, animándoles a no perder la propia identidad: «Jesús os invita a aceptar sus palabras y sus valores dentro de vuestra propia cultura»¹². En este sentido, Escrivá se comprendía a sí mismo como garante de una legítima diversidad. «Nuestro espíritu es precisamente estimular el que las iniciativas salgan de la *base*», solía destacar con firmeza¹³. En una ocasión explicó: «Naturalmente, al tomar cada uno autónomamente esas decisiones en su vida secular, en las realidades temporales en las que se mueve, se dan con frecuencia opciones, criterios y actuaciones diversas: se da, en una palabra, esa bendita *desorganización*, ese justo y necesario pluralismo, que es una característica esencial del buen espíritu del Opus Dei, y que a mí me ha

⁸ *Surco*, 226.

⁹ *Ibidem*, 231.

¹⁰ *Ibidem*, 401.

¹¹ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Decr. *Orientalium Ecclesiarum*, 2. Const. Dogm. *Lumen gentium* (= LG), 13.

¹² JUAN PABLO II, Discurso a los aborígenes (29-XI-1986), 12; AAS 79 (1987), 977. Enc. *Ut unum sint*, 19.

¹³ *Conversaciones*, 19.

parecido siempre la única manera recta y ordenada de concebir el apostolado de los laicos»¹⁴. Cada persona tiene su misión, tiene su talento específico para enriquecer al mundo.

El concepto de misión requiere al menos dos personas: una que envía, y otra que es enviada. Como el Padre eterno ha enviado a su Hijo al mundo¹⁵, Éste envía a los cristianos cuya tarea consiste en hacerle a Él presente, actuar y hablar en su lugar¹⁶. «Quiere que su luz brille en la conducta y en las palabras de sus discípulos, en las tuyas también», advierte Escrivá¹⁷. Cada cristiano es llamado a ser un mensajero del Salvador que ha traído paz, justicia, misericordia y perdón al mundo, que nos ha liberado de nuestras cadenas. «Jesús es el modelo: ¡imitémosle!»¹⁸. Pero, ¿cómo podemos participar en esta misión grandiosa?

Todos somos distintos, así que cada cristiano puede reflejar unos aspectos específicos de la bondad y belleza del Salvador, diferentes a los que expresan los demás¹⁹. Cada uno puede hacer presente a Cristo de un modo nuevo y original, como nunca nadie le ha manifestado ni nadie le podrá manifestar jamás. Este es el sentido más profundo de su vida. Para cumplirlo, es imprescindible que cada uno llegue a ser, realmente, “él mismo”, que se acepte tal como es —y sea aceptado por los demás—, con sus talentos, sus límites y en su situación peculiar. Pues sólo la aceptación de sí mismo, de la propia vida y del propio pasado, conduce al auténtico futuro. La realidad no es una piedra para sentarse en ella resignadamente, sino un trampolín en el que hay que apoyar bien los pies para saltar hacia otra realidad mejor. Cada persona puede llegar a ser feliz y hacer felices a los demás, pero “desde” lo que es, desde la fidelidad a sí misma, que no es otra cosa que la fidelidad al proyecto divino sobre su existencia. La libertad le es dada para los demás. Es “su modo” de vivir con los otros, su forma de contribuir al desarrollo humano, siendo fiel a sí mismo y haciéndose mejor para servir mejor. El amor a la libertad, en el fondo, no es otra cosa que *amor a los demás*.

La contemplación de la gran variedad y originalidad dentro del cristianismo, lleva al agradecimiento, a la alegría y a la disposición de aprender de todos²⁰. Lleva también a contribuir a que cada uno encuentre y siga su propio camino²¹.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ La misión de Cristo es una “prolongación en el tiempo” de la procesión eterna del Hijo de Dios a partir del Padre. Cfr. *Jn* 10,30.

¹⁶ Cfr. *Lc* 10,16. *Jn* 13,20. *Surco*, 595. *Forja*, 671.

¹⁷ *Surco*, 930. Cfr. *Forja*, 468.

¹⁸ *Forja*, 138. Cfr. *Ef* 5, 1-2. *Amigos de Dios*, 128.

¹⁹ Cfr. *Rm* 12,6.

²⁰ Cfr. *Forja*, 630.

²¹ Cfr. *Surco*, 757.

3. UN MENSAJERO DISPUESTO

Los apóstoles daban testimonio ante los demás, sobre todo, con su propia persona, teniendo un entusiasmo sincero por su Salvador que los otros podían descubrir en el fondo de su corazón. Más importante es el *ser* que el *hacer*²². Una persona sólo puede hacer presente a Cristo, si refleja su imagen²³. La misión cristiana consiste por esto, en primer lugar, en parecerse a Cristo.

a) *Comunión con Cristo*

Para *ser* cada vez más de Cristo, tenemos una ayuda poderosa, el Espíritu Santo²⁴. «Nosotros —escribe San Atanasio— sin el Espíritu somos extraños y lejanos a Dios. Si, por el contrario, participamos del Espíritu, nos unimos a la divinidad»²⁵. El Espíritu Santo, antes de ser una Persona divina, a la que queremos adorar, es el *Espíritu de Cristo*, es decir, el ámbito en el cual entramos en relación personal con el Señor, de modo semejante a como decimos que tener el espíritu de un determinado maestro es lo que nos permite entender el sentido de sus lecciones. Es el Espíritu Santo quien nos hace entrar en una comunión de vida con Jesucristo.

Cristo es la vid, los cristianos somos los sarmientos²⁶. Él es “el sustento nuestro”, dice Escrivá²⁷. Nos da ánimo y fuerzas para actuar en su lugar²⁸. Cumpliremos nuestra tarea en la medida en la que estemos unidos a Él, si vivimos en profunda amistad con Cristo. «Si yo me uno a Ti [...], sentiré el calor de tu divinidad, sentiré las luces de tu sabiduría, sentiré correr por mi sangre tu fortaleza»²⁹.

²² Cfr. *Camino*, 342. RM, 23. J. ECHEVARRÍA utiliza la expresión “impersonar” a Cristo: *Itinerarios de vida cristiana*, Barcelona 2001, p. 201.

²³ Cfr. RM, 87.

²⁴ Cfr. *Es Cristo que pasa*, 127-138.

²⁵ SAN ATANASIO, *Discursos contra los arrianos*, III, 24.

²⁶ Cfr. *Jn* 15,1-5. *Es Cristo que pasa*, 16. *Forja*, 425 y 437.

²⁷ *Es Cristo que pasa*, 153. Cfr. también *Gal* 2,20. *Via Crucis*, XIV, 2. *Surco*, 424 y 892.

²⁸ Cfr. *Via Crucis*, III, 3. «Cuanto más seas de Cristo, mayor gracia tendrás para tu eficacia en la tierra» *Ibidem*.

²⁹ *Forja*, 342.

Se manifiesta aquí la gran importancia del mandato evangélico: «Que todos sean uno; como Tú, Padre, en mí y yo en Ti»³⁰. Estar unido a Cristo significa caminar por la vida con Él, sentirse seguro bajo su mirada, y sentirse muy libre al experimentar su confianza³¹. «Un cristiano nunca está solo»³². Unidad es compañía, es amistad y amor. Escrivá apunta: «Amar es... no albergar más que un solo pensamiento, vivir para la persona amada, no pertenecerse»³³.

Una persona que vive con Cristo, le da a conocer con naturalidad, aunque no se lo proponga directamente. En sus palabras y actuaciones transmite algo de la bondad y felicidad de una persona que se siente amada. De modo que otros se puedan sentir atraídos a buscar, también ellos, una vida de amor; o a dar, al menos, sentido y coherencia a la propia existencia. Esto es ya un primer paso, aunque no se agote la misión cristiana con ello. Una persona enamorada de Cristo quiere que los otros le amen también, es decir que se decidan de modo claro y explícito por Él. Quiere comunicar la fe en toda su riqueza, convencido de que Cristo es el único Salvador para toda la humanidad³⁴. Es el único que libera a la persona, incluso de las ataduras más sutiles e invisibles, de todo lo que le frene, empequeñece y estorbe; es el único que puede llenar el corazón humano hasta el borde de felicidad. «¡Qué hermosa es nuestra vocación de cristianos —destaca Escrivá— que nos trae en la tierra la alegría y la paz que el mundo no puede dar!»³⁵.

El Espíritu Santo transformó a los primeros apóstoles en testigos de la fe y capacita también hoy en día a un cristiano para hablar a los demás de esta realidad nueva y maravillosa a la que él, misteriosamente, ya pertenece. Por su unión íntima con el Señor el cristiano ya es «ciudadano del cielo»³⁶, y quiere que los otros lo sean también. Quiere llevar a Cristo a los hombres, a todos ellos, «hasta los confines de la tierra»³⁷. Descubre que su tarea es universal³⁸. La cercanía de Cristo «agrande el corazón», afirma Escrivá³⁹. Ayuda a tener horizontes muy

³⁰ Jn 17,21. *Camino*, 968: «Que seamos una sola cosa[...] por la oración y por el sacrificio». Cfr. *RM*, 88.

³¹ Cfr. *Amigos de Dios*, 35.

³² *Via Crucis*, VI, 3.

³³ *Surco*, 797.

³⁴ Cfr. Jn 14,6: «Nadie va al Padre sino por Mí». *Hch* 4,12. *RM*, 5. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Decl. *Dominus Iesus, sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia* (6-VIII-2000).

³⁵ *Forja*, 269.

³⁶ Cfr. *Flp* 3,20. *Es Cristo que pasa*, 126. *Amigos de Dios*, 300.

³⁷ *Hch* 1,8.

³⁸ Cfr. *Mt* 28,19. *Mc* 16,15. *RM*, 23.

³⁹ *Camino*, 764. Cfr. 796. *Via Crucis*, VIII, 5. *Surco*, 193.

amplios y una «actitud positiva y abierta» ante los que piensan de modo diferente⁴⁰.

Una persona que *es de Cristo*, tiene el “Espíritu” de su Señor, su misma “mentalidad”. Por esto se siente en una profunda «comunidad de caridad»⁴¹ también con los demás hombres. Ama y busca la unidad en los ambientes más diversos en los que se encuentre⁴², y este amor a la unidad es «sinónimo a la vez de espíritu universal, de apertura de mente», comenta el actual prelado del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría⁴³.

Podemos preguntarnos ahora: ¿y qué actitudes hacen falta para cumplir con esta misión tan excelsa? En otras palabras, ¿cómo se expresa la unión profunda que tiene una persona con Cristo en la vida ordinaria? El Beato Josemaría respondió claramente a estos interrogantes.

b) “Mentalidad” de Cristo

Ser discípulo de Cristo, requiere hoy como antes una entrega sin reservas. Requiere renunciarse a sí mismo y a todo lo que uno tuvo hasta entonces entre manos para comenzar de un modo radicalmente nuevo⁴⁴.

Ciertamente, la inmensa mayoría de los cristianos no está llamada a «dejar las redes»⁴⁵ —su familia y su profesión— para dedicarse a la predicación del Reino. Pero todos están llamados a dejar, en el nivel más profundo y existencial, el protagonismo de la propia vida. Todos están invitados a abrirse al Espíritu Santo, a dejarle entrar en la propia intimidad —donde ninguna persona humana puede llegar sino uno mismo— para que sea Él quien conduzca nuestra vida. El cristiano está dispuesto a cambiar y crecer, y comprende que su autodeterminación consiste en hacer lo que el Espíritu le diga. «Heme aquí, Señor, estoy dispuesto, envíame»⁴⁶.

Actuando en lo más profundo de nuestro ser, el Espíritu de Cristo comparte a la vez, misteriosamente, la respuesta de nuestra libertad. «Solamente Él nos

⁴⁰ Cfr. *Surco*, 428.

⁴¹ *Forja*, 956. Cfr. *ibidem*, 471.

⁴² Es en la Iglesia «donde más ha de resplandecer la unión de todo y de todos en el amor a Jesucristo». (*Forja*, 879). Cfr. *ibidem*, 631.

⁴³ Cfr. J. ECHEVARRÍA, *Itinerarios de vida cristiana*, cit., pp. 41s.

⁴⁴ Cfr. AG, 24. RM, 88.

⁴⁵ Cfr. Mt 4,20.

⁴⁶ Is 6,4. Cfr. RM, 79.

puede mover así, porque solamente Él... posee el secreto divino de tocar las fuentes de la actividad humana, sin que los actos dejen de ser vitales y *libres*»⁴⁷. Es un misterio de amor que no podemos entender. «Nuestros actos más íntimos de fe, de amor y de esperanza, nuestras disposiciones de ánimo y los sentimientos, nuestras resoluciones más personales y libres: todas estas realidades inconfundibles que *nosotros* somos, están impregnadas de tal forma por su aliento, que el último sujeto —en el fondo de nuestra subjetividad— es Él»⁴⁸.

Esta realidad grandiosa exige humildad. Es decir, un discípulo de Cristo no quiere vivir para sí mismo -el propio bienestar, la carrera profesional o el triunfo- sino para otro, para Cristo; no quiere anunciarse a sí mismo, sino a otro, a Cristo⁴⁹. Se puede aprender esta lección del Espíritu Santo mismo, a quien Escrivá llamó con preferencia el “Gran Desconocido”: el Espíritu permanece escondido en el fondo del corazón humano, mientras que nos muestra al Hijo y al Padre, y nos hace amar al Hijo y al Padre. No orienta hacia Sí mismo, sino hacia las otras Personas divinas.

En un primer sentido, bastante obvio, la humildad consiste en ocultarse y desaparecer, en no luchar por tener los primeros puestos y contentarse con los últimos⁵⁰. “El amor”, dice la sabiduría popular, «siempre hace una carrera hacia abajo». En una parábola famosa del Evangelio, un fariseo da gracias a Dios por ser *mejor* que los demás hombres, y Jesucristo desaprueba claramente esta actitud⁵¹. Pero si, en el caso contrario, el fariseo hubiera pensado que era *peor* que los demás, tampoco hubiera sido humilde. Una persona humilde *no se compara* con nadie. No mira ni a sí misma ni a los otros hombres, como el publicano en aquella parábola⁵². Sólo busca a Dios, y se siente responsable ante Él, porque sabe que Dios le mira con cariño y confianza.

Como un cristiano no intenta compararse con los demás —ni comparar a los otros entre sí— no es nunca un “rival”, un “competidor”. Contribuye a que el ambiente a su alrededor sea «natural, amable, sabroso»⁵³, y se alegra cuando constata que sus familiares, amigos y colegas son más influyentes que él. Si des-

⁴⁷ L.M. MARTÍNEZ, *El Espíritu Santo*, 6. Madrid 1959, p. 40. Cfr. *Amigos de Dios*, 178.

⁴⁸ H.U. VON BALTHASAR, *El Desconocido más allá del Verbo*, citado en COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000: *El Espíritu del Señor*, Madrid 1997, p. 51. Cfr. *Forja*, 923.

⁴⁹ Cfr. *Forja*, 669: «La eficacia corredentora, ¡eterna! de nuestras vidas, sólo puede actuarse con la humildad, desapareciendo, para que los demás descubran al Señor».

⁵⁰ Cfr. 1 Co 4,9: «Dios, a nosotros los apóstoles, nos ha puesto los últimos». *Forja*, 942: «procurando prestar tu ayuda sin que lo noten, sin que te alaben, sin que nadie te vea».

⁵¹ Cfr. Lc 18,9-14. *Amigos de Dios*, 172.

⁵² Cfr. *Amigos de Dios*, 253: «Muéstrate como el publicano».

⁵³ *Forja*, 942.

cubre que otras personas trabajan también para Dios —quizá en otras instituciones y con mucha eficacia apostólica— ve en ello una razón especial para dar gracias a Dios y alabarle.

Una persona que se abre a la gloria y al resplandor divino, obtiene una libertad mayor que la que tienen los pájaros del cielo⁵⁴. Está por encima de tantas pequeñeces que pueden frenar nuestros pasos. Y se dispone para vivir el espíritu de las Bienaventuranzas⁵⁵; también en nuestras sociedades consumistas. Quiere ser pobre de corazón⁵⁶ y no dejarse cautivar ni por la comodidad de los bienes materiales, ni por el brillo de la fama o de una máscara, ni por los resultados de su propio trabajo. Quiere ser generosa y compartir sus bienes con los demás⁵⁷; por supuesto el pan, pero también el vino, también el tiempo y las ideas, también los proyectos sociales y todas las oportunidades que le brinda la vida, la salud y las energías físicas, y hasta la misma amistad con Dios y los consuelos que recibe de Él⁵⁸. Quizá pueda parecer, a veces, demasiado sencilla, en un mundo marcado por el egoísmo. Puede parecer hasta ingenua —un cordero en medio de lobos⁵⁹— y hacerse objeto de burlas o sonrisas compasivas. Puede incluso tener ciertas desventajas profesionales en un ambiente en el que cuentan sólo la imagen y el progreso, subir en la escala social. Pero sabe que el éxito no es una categoría de Dios⁶⁰. Todo lo aparentemente grande, poderoso y triunfal no es más que “paja”, si no es purificado por el amor. Por esto, hay cristianos que prefieren pagar el precio de la incomprensión antes de dejar de seguir las huellas de su Señor⁶¹. Miran a Jesucristo que «permanecía en silencio»⁶², cuando se le ridiculizaba. El hecho de poder callarse ante los reproches más injustos y vulgares es, ciertamente, una señal considerable de fuerza interior.

La humildad es fuente de aliento y consuelo. Da la valentía de seguir el propio camino, aunque los vientos se pongan adversos, aunque haya fracasos y can-

⁵⁴ Cfr. *Lc* 9,58. *Amigos de Dios*, 115.

⁵⁵ Cfr. *Mt* 5,1-12. *Es Cristo que pasa*, 5 y 7. *Amigos de Dios*, 123,167,175. *Forja*, 95. JUAN PABLO II afirma que el misionero es «el hombre de las Bienaventuranzas», (*RM*, 91).

⁵⁶ Cfr. *Lc* 10,4 y 14,33: «Quien no renuncie a todos sus bienes no puede ser mi discípulo». *Camino*, 630-632. JUAN PABLO II, *Discurso a los habitantes de la «Favela Vidigal»*, en Río de Janeiro, 2-VII-1980,4: AAS 72 (1980) 854. *RM*, 60: «La Iglesia... quiere ser la Iglesia de los pobres».

⁵⁷ Cfr. *Hch* 20,35. *Forja*, 141 y 150. *RM*, 81.

⁵⁸ Cfr. *2 Co* 1,3-4.

⁵⁹ Cfr. *Lc* 10,3. *Surco*, 306.

⁶⁰ Cfr. *Camino*, 938: «Mira que eres el grano de trigo del que habla el Evangelio. Si no te entierras y mueres, no habrá fruto».

⁶¹ *Surco*, 728.

⁶² *Mt* 26,63.

sancio⁶³. Un discípulo de Cristo, precisamente porque es “enviado”, experimenta la compañía de su Señor en todo momento de su vida. «No tengas miedo... porque yo estoy contigo»⁶⁴. Y puede vislumbrar así, a través del dolor y de los sufrimientos, la gran alegría de la resurrección. Es esta alegría la que, en última instancia, quiere anunciar a los hombres⁶⁵, para que, también ellos, levanten su mirada y encuentren en Dios su verdadera esperanza.

4. UN FRUTO QUE PERMANECE

Cristo pide a sus discípulos que den frutos⁶⁶. Esta exhortación ha de comprenderse en el contexto evangélico, y no según las claves de interpretación que se utilizan en las sociedades de rendimiento. La *fecundidad* es otra cosa que la *productividad*. Una persona puede producir mucho, obtener resultados y méritos incontables por su trabajo, y no ser verdaderamente fértil. Otra, en cambio, puede no rendir nada ante los ojos del mundo, y tener una gran fecundidad.

Cristo pide frutos que permanecen⁶⁷. Podemos estar completamente seguros de que, lo que permanece para siempre, no será nuestro dinero, ni el aplauso, ni el éxito. Lo único que contará al final de nuestra vida, será el amor que hemos ofrecido y recibido. No tendremos nada más.

La dificultad consiste en que los frutos que Cristo pide, no se pueden contar ni medir, y no sirven para hacer una exposición. Están escondidos a nuestra mirada, y sólo Dios «que ve en lo oculto» los conoce⁶⁸. El mismo Dios, además, es su autor principal, ya que se producen y crecen justamente en la medida en que una persona está unida a Él.

Así, nuestra vida puede ser fecunda si dejamos actuar a Dios a través de nuestras acciones, si unimos nuestras fuerzas a su omnipotencia. La obra de los apóstoles es un misterio de unidad. «Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos»⁶⁹.

⁶³ Cfr. *Surco*, 46.

⁶⁴ *Hch* 18, 9-10.

⁶⁵ Cfr. *Hch* 1,21.

⁶⁶ Cfr. *Lc* 13,6-9. *Jn* 15,8. *Camino*, 701. *Surco*, 208.

⁶⁷ Cfr. *Jn* 15,8. *Camino*, 701. *Surco*, 208.

⁶⁸ *Mt* 6,4.18.

⁶⁹ *Mc* 16,20.

a) *El amor de Cristo*

El cristiano, pues, es llamado a ser «el hombre de la caridad», afirma Juan Pablo II⁷⁰. Su tarea consiste fundamentalmente en anunciar a los demás el gran amor de Dios⁷¹. en hacer comprender a cada persona que Dios le ama con locura también a ella, y que ella también puede escuchar en el fondo de su corazón aquellas palabras que escuchó el profeta Isaías: «Eres a mis ojos de muy gran estima, de gran precio, te quiero»⁷².

Un discípulo de Cristo sabe que su Maestro le espera en cada hombre que encuentra en su camino⁷³, y especialmente en los que sufren⁷⁴. No quiere excluir a nadie de su interés y preocupación. Cuanto más cerca esté de Dios, más fácil le resultará servir a los demás, sin buscar propias compensaciones. Adquiere, poco a poco, tanta libertad interior que incluso puede amar a los que, naturalmente, rehuye, a aquellos cuya presencia, espontáneamente, no busca: a los antipáticos, orgullosos, altercadores, egoístas⁷⁵. Conociendo su propia debilidad, quiere ofrecer alivio y compañía, paz y comprensión⁷⁶, incluso a los que no le comprenden y ponen dificultades en su camino⁷⁷.

Una vez, al marchar por los caminos de Galilea, Jesucristo vio a Leví, un publicano, sentado al telonio. Le llamó y fue con él a su casa, donde comió «con muchos (otros) publicanos y pecadores»⁷⁸. No tenía en cuenta las distinciones que hacían los fariseos. No exigió que Leví se limpiase antes, que ordenase su casa antes de que entrara Él, según el modo de proceder de muchos hombres: «Cuando todo esté bien, entonces merecerás mi visita». Jesucristo no actuó así. No exigió el cambio de vida para tratar a Leví, sino justo al revés. Le trataba con tanto cariño y confianza que provocó una gran conversión en él: Leví es el apóstol San Mateo.

Una persona puede creer en Dios y seguir su voluntad, si se sabe aceptada y amada por Él. Es Dios quien siempre ama primero; y el mensajero de Cristo ha

⁷⁰ RM, 89.

⁷¹ Cfr. Jn 15,9 y 20,21. *Es Cristo que pasa*, 166.

⁷² Is 43,4.

⁷³ Cfr. 1 Co 9,22. AG, 24. *Forja*, 144 y 890. RM, 89: El cristiano es llamado el “hermano universal”.

⁷⁴ Cfr. J. ECHEVARRÍA, *Itinerarios de vida cristiana*, cit., pp. 199s.

⁷⁵ *Surco*, 167: «y esfuérzate para amar —¡para servir!— a quien antes despreciabas».

⁷⁶ La salud que trae Jesucristo comprende todas las dimensiones, desde lo más material hasta lo espiritual. Cfr. Mt 10,8. Jn 10,10. *Es Cristo que pasa*, 34.

⁷⁷ Cfr. Jn 2,25. *Es Cristo que pasa*, 70. RM, 89.

⁷⁸ Cfr. Mt 9,9-13. Mc 2,13-17. Lc 5,27-31. *Camino*, 536 y 799. *Surco*, 992.

de tomar muy en cuenta —y hacer visible— esta verdad profunda. El amor auténtico, además, no sólo consiste en dar, sino también en recibir⁷⁹. El otro no es “objeto” del apostolado, sino una persona con la que se quiere dialogar, de la que se puede aprender; una persona que goza de una libertad personal que se quiere hacer respetar y fomentar⁸⁰; una persona que, seguramente, tiene muchas cualidades que ya está poniendo —de algún modo u otro— al servicio de los demás⁸¹.

b) Espacio para el misterio

Ciertamente es necesario que un “apóstol” moderno complete el “testimonio de vida” con una palabra clara sobre Jesucristo⁸². Para poder hacerlo con eficacia, es preciso que conozca la mentalidad de los hombres y mujeres de hoy, que tenga delicadeza y finura a la hora de hablar de Dios⁸³. El ámbito religioso —el ámbito de la conciencia— pertenece a lo más íntimo y propio de cada persona; es como el “santuario” de lo humano. Allí nadie puede apresar a otro. Un escritor alemán habla del «corazón más interior que no se deja dar órdenes»⁸⁴. Hace falta consideración, respeto y, a veces, el silencio ante las creencias y convicciones de otra persona. No siempre conviene hablar. Hay palabras que pueden herir la intimidad. También el saber callarse puede ser una exigencia de la caridad.

Es importante recordar que los frutos sólo se producen en unión con Dios. Sin Él, uno puede trabajar y realizar un esfuerzo inmenso, sin lograr nada *permanente*. «Sin Mí no podéis hacer nada»⁸⁵. La enseñanza de Cristo se opone a todo tipo de activismo y cumplimiento formal de unos planes pastorales, lo que sólo puede conducir a situaciones de estrés. Ante el hecho de que «la mies es mucha, pero los obreros pocos», el Señor invita a sus seguidores a *rezar* más, y no —al menos no en primer lugar— a trabajar más⁸⁶. «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura»⁸⁷.

⁷⁹ Cfr. RM, 85.

⁸⁰ Forja, 144.

⁸¹ Cfr. LG, 13. *Es Cristo que pasa*, 161. RM, 89.

⁸² Cfr. *Amigos de Dios*, 268-273. DIE DEUTSCHEN BISCHÖFE, *Zeit zur Aussaat*, cit., pp. 17s.

⁸³ Cfr. Forja, 634 y 895.

⁸⁴ G. KELLER, cit. en Ph. LERSCH: *La estructura de la personalidad*, Barcelona 1968, p. 515. *Amigos de Dios*, 32-35.

⁸⁵ Jn 15,5. Forja, 932.

⁸⁶ Cfr. Lc 10,2. *Camino*, 800. Forja, 906.

⁸⁷ Mt 6, 33. *Camino*, 472.

En la vida cotidiana del cristiano debe haber espacio para el misterio. Dios puede hacer lo que Él quiere y como Él lo quiere⁸⁸. No se pueden planear y controlar todas las actividades apostólicas, porque es Dios quien obra en nosotros⁸⁹. Justamente en las dimensiones más profundas, la realidad se nos escapa: no sabemos cómo se desarrolla la semilla en la tierra⁹⁰. Los frutos se producen en oculto. Es Dios quien «da el crecimiento»⁹¹. Quien quiera arrebatar los frutos, los perderá⁹².

Esta consciencia de que es Dios quien realiza su obra en nosotros y con nosotros, preserva del desaliento, da paz y tranquilidad y una cierta agilidad interior. Un discípulo de Cristo «no tiene la rigidez del cartón: sabe sonreír, ceder, esperar»⁹³. No le sorprenden ni los propios fallos, ni la debilidad de los demás⁹⁴. No le desalientan las tempestades, ya que pone su confianza en el Señor⁹⁵.

5. UNA NECESIDAD URGENTE

Nos queda una pregunta final: ¿Se puede vivir todo esto *hoy*, en nuestras sociedades ampliamente secularizadas? ¿Es posible tomar en serio la fe sin *exagerar*, sin hacerse un *extraño* en este mundo en el que vivimos?

Escrivá responde que no sólo es posible, sino necesario seguir a Cristo con todo el corazón. No se puede exagerar en el amor⁹⁶. Hacen falta, hoy más que nunca, testigos vivos del Evangelio, hombres y mujeres que se decidan claramente por Cristo, y no tengan miedo a expresar su fe, con toda naturalidad, en el lugar más diverso: en casa de amigos o en una empresa multinacional de alguna capital del mundo. Hacen falta personas que comuniquen el amor de Dios a los demás. Porque cada hombre, por seguro e independiente que parezca, necesita sentirse querido y afirmado, necesita saber que su existencia tiene un sentido, por el que vale la pena vivir y sufrir. Sus inquietudes más profundas no pueden ser colmadas ni por la ciencia, ni la técnica, ni menos aún por la Seguridad Social.

⁸⁸ Cfr. *Heb* 13,21.

⁸⁹ Nosotros hacemos «las buenas obras que Dios nos ha preparado», (*Ef* 2,10).

⁹⁰ Cfr. *Mc* 4, 26-29.

⁹¹ *1 Co* 3,6.

⁹² Cfr. *Amigos de Dios*, 78: «las almas, como el buen vino, se mejoran con el tiempo». *Ibidem*, 219.

⁹³ *Forja*, 156. Cfr. *Gal* 5,22.

⁹⁴ Cfr. *Surco*, 78.

⁹⁵ Cfr. *Surco*, 787.

⁹⁶ Cfr. *Via Crucis*, I, 5 y XIII, 2.

Un discípulo de Cristo no se comportará, normalmente, de un modo “extraño”. Es un “hijo de su tiempo”, igual que sus parientes y colegas. «¿Acaso nos vestimos con chupa y calzón, y cubrimos nuestra cabeza con una peluca empolvada?», pregunta Escrivá⁹⁷. Los cristianos comparten las preocupaciones, ilusiones y desengaños de los demás hombres de su época. Tienen la misma mentalidad, los mismos puntos fuertes y flacos que las otras personas de su generación. A la vez buscan en cada momento la unión con su Señor. Es esto lo que les distingue de los demás, y lo que puede llevar, en ocasiones, a sufrir situaciones difíciles.

Pero un discípulo no deja a su Maestro cuando encuentra la cruz en su camino. La unidad es su fuerza; un río que está separado de su fuente, se seca. Dios actúa a través de él, si permanece en su amor⁹⁸. No hace falta huir del mundo o refugiarse en una torre de marfil, si el ambiente se muestra hostil, o las costumbres se vuelven paganas. Los primeros cristianos no buscaban la comodidad, y tampoco tenían miedo a la contaminación. Confiaban en la promesa de su Señor: «A los que crean acompañarán estos milagros: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán lenguas nuevas, agarrarán serpientes con las manos y, si bebieran algún veneno, no les dañará»⁹⁹. Esta promesa vale también hoy, para nosotros. Lo único que Dios nos pide es que procuremos, a pesar de nuestra debilidad personal, ser verdaderos testigos suyos, ser santos:¹⁰⁰ «Dios quiere un puñado de hombres “suyos” en cada actividad humana. - Después... la paz de Cristo en el reino de Cristo»¹⁰¹.

Por esto, al comienzo del tercer milenio, Juan Pablo II ha recordado a los cristianos la llamada universal a la santidad:¹⁰² «Preguntar a un catecúmeno, “¿quieres recibir el Bautismo?”, significa al mismo tiempo preguntarle, “¿quieres ser santo?” Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña»¹⁰³. Una persona que está unida a Cristo, y que tiene el mismo Espíritu, la misma “mentalidad” que Él, puede crear un ambiente de verdadera amistad y confianza, donde es posible transmitir la *Buena Nueva* con la fuerza del amor.

⁹⁷ *Surco*, 950.

⁹⁸ Cfr. *Jn* 15,9. *Camino*, 831 y 944.

⁹⁹ *Mc* 16,17-18.

¹⁰⁰ Cfr. *Forja*, 13.

¹⁰¹ *Camino*, 301.

¹⁰² JUAN PABLO II, Carta Apost. *Novo Millennio Ineunte*, 30: «“santidad”, entendida en su sentido fundamental de pertenecer a Aquel que por excelencia es el Santo».

¹⁰³ *Ibidem*, 31.

Quiero terminar con las palabras de una contemporánea de Escrivá, la conocida filósofa francesa Simone Weil, que buscó a Dios durante toda su vida; pero —por solidaridad con el pueblo judío— no fue bautizada sino en secreto, pocos días antes de su muerte, en 1943¹⁰⁴. Es sorprendente que esta mujer inquieta, al analizar las sociedades occidentales, señaló el mismo remedio para la felicidad que el Beato Josemaría, la unión personal con Dios: «Lo que hace falta en el mundo de hoy, lo que nuestro tiempo necesita, es una nueva santidad, una santidad como nunca ha existido. Esta es, al menos hoy, una súplica permitida, porque es una petición necesaria. Creo que es... la primera súplica que debe ser expresada, hoy, cada día, a cada hora, como un niño hambriento que siempre está pidiendo pan. El mundo necesita de santos con ingenio, del mismo modo que una ciudad infectada por la peste necesita de médicos. Donde hay necesidad, ahí también hay obligación»¹⁰⁵.

¹⁰⁴ Simone Weil fue bautizada por su amiga Simone Deitz, en su habitación de enferma, en Londres. Se publicó este hecho en 1990. Cfr. J. KUHLMANN, *Gültig getauft - Neues über Simone Weil*, «Geist und Leben» 63 (1990), pp. 39-42.

¹⁰⁵ S. WELL, cit. en G. SIEGMUND, *Die Stellung der Frau in der Welt von heute*, Stein am Rhein 1981, p. 95.